

paz con la república francesa, pero que hasta que se presentasen nuevos síntomas más significativos y satisfactorios continuaría la Inglaterra combatiendo así para su seguridad propia como para la de sus aliados.

Esta nota impertinente (1), desaprobada por los hom-

(1) Ya más arriba ha calificado Mr. Thiers al ministro Pitt de *poco entendido*; ahora califica de *impertinente* la nota emanada de su sistema político, y así en una como en otra calificación empieza á mostrar la parcialidad y malicia con que escribe á propósito del gobierno inglés al referir más adelante los ruidosos debates suscitados en las cámaras de la Gran Bretaña por las notas diplomáticas que se comunicaron ésta y la Francia.

Pero conviene ilustrar el juicio de los lectores sobre todos los pasajes de esta época de la historia, que deja, por decirlo así, truncados su autor con ánimo deliberado de hacer odiosa la política seguida por la eterna rival de la Francia, dirigida á la sazón por el único talento digno rival del genio de Napoleón. Y desde luego, á fin de que el lector sensato no carezca de los datos necesarios para formar su juicio imparcial sobre los hechos diplomáticos que empiezan á referirse, copiaremos aquí textualmente la nota de contestación de lord Grenville á Talleyrand tan acerbamente criticada por Thiers.

«Downing-Street 4 de enero de 1800.

»Muy señor mío:

»He recibido y presentado á S. M. las dos cartas que me han sido transmitidas por usted y no viendo S. M. razón ninguna para desviarse de las formas que se han seguido siempre en Europa para tratar los negocios de Estado á Estado, me manda comunicar á usted en su nombre la respuesta oficial que incluyo.

»Con este motivo tiene el honor de ofrecer á usted su consideración su servidor, etc.

»Firmado, GRENVILLE.

»Al ministro de Negocios extranjeros, etc., en París.»

«S. M. ha dado pruebas frecuentes del deseo sincero que le anima de ver restablecida en Europa una tranquilidad sólida y permanente; no hace S. M. la guerra, ni la ha hecho, por alcanzar una falsa y vana gloria. Sus únicas miras fueron siempre defender de toda agresión los derechos y la paz de sus gobernados.

»Para esto solo, y para rechazar un ataque que no provocó, ha tomado las armas y se ve aún en la necesidad de continuar la guerra, pues no cree que estos peligros cesarán por entrar actualmente en negociaciones con los que sólo deben á una revolución el ocupar hoy el poder en Francia; ninguna ventaja en efecto puede resultar de semejante negociación para el grande y apetecible objeto de una paz general, mientras no se vea claramente que han dejado de obrar las causas que dieron origen á la guerra y que después la prolongaron.

»El sistema á que atribuye la Francia con razón todos sus padecimientos actuales, es el mismo que ha arrastrado á todo el resto de Europa á una guerra larga, destructora y de una naturaleza desconocida hasta el presente entre las naciones civilizadas.

»El deseo de propagar este sistema y de destruir todos los gobiernos establecidos, ha hecho que la Francia haya ido prodigando y consumiendo de un año en otro todos sus recursos, condenándose á una miseria que no tiene ejemplo. A este espíritu de destrucción han sido sucesivamente sacrificados los Países Bajos, las Provincias Unidas, y los cantones suizos (antiguos amigos y aliados de S. M.). La Alemania ha sido asolada; la Italia, aunque libertada hoy de sus invasores, ha venido á ser el teatro de la anarquía y de la más desenfrenada rapiña. Hasta S. M. se ha visto precisado á sostener una guerra difícil y onerosa por la independencia de sus Estados.

»Y no se han limitado las calamidades á la Europa; se han llevado también á las partes más remotas del mundo, y aun á países de tal modo extraños á las cuestiones actuales que sus mismos pobladores ignoraban existiese semejante guerra hasta que de repente se vieron envueltos en sus horrores.

»Mientras semejante sistema continúe en pie, y mientras para mantenerle se siga prodigando la sangre y los tesoros de una nación numerosa y potente, la experiencia enseña que no hay más medio útil de defensa que el de una hostilidad decidida y vigoroso-

bres sensatos de todos los países, hacía muy poco honor á Mr. Pitt mostrando en él más pasión que inteligencia. Probaba tan sólo que un gobierno nuevo necesita para hacerse respetar muchas victorias; porque el actual las había conseguido brillantes y numerosas, pero evidentemente necesitaba conseguir otras aun mayores. No se desalentó por eso el primer cónsul, y aprovechando la buena posición que le daba á los ojos del mundo su mesurada conducta, dictó una respuesta suave y

sa. Los más solemnes tratados sólo han servido para allanar el sendero á nuevas agresiones; y sólo á una resistencia firme se debe hoy la estabilidad que aun dura en Europa en cuanto á la propiedad, á la libertad individual, al orden social y al libre ejercicio de la religión.

»Por consiguiente, celoso por la conservación de tan esenciales objetos, no puede S. M. prestar una fe ciega á una mera renovación de protestas generales de intenciones de paz; las mismas protestas han usado siempre todos cuantos han dispuesto sucesivamente de los recursos de la Francia y los han invertido en zafar los fundamentos de la monarquía en Europa, y los mismos que hoy gobiernan en esa nación declaran que fueron aquellos incapaces desde el principio de mantener relaciones de amistad y de paz.

»S. M. tendrá la más cumplida satisfacción cuando vea cesar realmente el peligro á que han estado expuestos tanto tiempo sus Estados y los de sus aliados; cuando se convenza positivamente de lo innecesario de la resistencia; cuando reconozca que prevalecen en Francia más sanos principios con el escarmiento de los crímenes y desgracias, y que se condenan á perpetuo olvido los gigantescos proyectos de ambición y los perpetuos planes de destrucción que han amagado á la existencia misma de la sociedad civil. Pero la convicción de semejante cambio, por grande que sea en S. M. el anhelo de verlo realizado, sólo puede ser resultado de la experiencia y de la evidencia de los hechos.

»La mejor y más natural garantía de su consecución sería el restablecimiento de esa dinastía á cuyos príncipes debe la Francia la prosperidad interior de muchos siglos y la consideración y respeto exterior. Un suceso de esta especie hubiera allanado ya, y allanará siempre en lo sucesivo, cuantos obstáculos pudieran oponerse á una negociación; aseguraría además á la Francia la quieta posesión de su antiguo territorio, y ya tranquila y pacífica, verían en ella las demás naciones europeas la seguridad que ahora se ven precisadas á buscar por otros medios.

»Pero por mucho que S. M. lo desee para el bien de la Francia y de las demás naciones, no hace depender de dicho restablecimiento como condición precisa la posibilidad de una pacificación sólida; no cree S. M. tener el menor derecho para señalar á la Francia la forma más conveniente de su gobierno, y en qué manos podrá existir la autoridad necesaria para regir una nación grande y poderosa.

»S. M. sólo atiende á la seguridad de sus Estados, á la de sus aliados y á la de la Europa en general. Así que juzgue posible conseguir ésta de cualquiera manera, ya sea como resultado de la situación interior de la Francia (de la cual ha procedido indudablemente todo el daño), ya de otra circunstancia cualquiera que conduzca al mismo objeto, se apresurará S. M. á concertar con sus aliados los medios de lograr una pacificación general inmediata.

»Desgraciadamente, esa seguridad no existe todavía; no hay aún pruebas suficientes sobre los principios que han de dirigir al nuevo gobierno; no hay ninguna base satisfactoria en que pueda fundarse su duración. En semejante estado, no le queda por ahora á S. M. otro partido que continuar, en unión con las demás potencias, una guerra justa y definitiva, que sin embargo su solicitud por el bien de sus gobernados no le permitirá ni prolongar á más de lo estrictamente necesario, ni terminar con otras condiciones que las que puedan asegurar mejor su tranquilidad, su constitución é independencia.

»Firmado, GRENVILLE.

»Downing-Street 4 de enero de 1800.

»Al ministro de Negocios extranjeros, etc., en París.»

(N. del T.)

enérgica á un mismo tiempo; no ya en forma de carta dirigida al rey, sino en forma de despacho remitido al ministro de Negocios extranjeros lord Grenville. Recapitulando en pocas palabras los primeros acontecimientos de la guerra, probaba con gran comedimiento y parsimonia de lenguaje que la Francia sólo había tomado las armas para defenderse de una conspiración europea urdida contra su seguridad; concediendo que la revolución había ocasionado desgracias harto comunes á todos, insinuaba de pasada que los que habían perseguido á la república francesa con tanto encarnizamiento podían muy bien y debían echarse á sí mismos la culpa de las violencias tan frecuentemente deploradas.—Pero ¿á qué, añadía, todos estos recuerdos? He aquí ahora un gobierno dispuesto á poner fin á la guerra; ¿habrá de ser esta eterna porque el agresor haya sido este ó aquel? Y si no se quiere que lo sea, ¿por qué no acaban esas incesantes recriminaciones? No se espera ciertamente que la Francia restablezca á los Borbones: ¿dónde está pues la oportunidad de hacer insinuaciones semejantes á las que se han hecho tan agriamente? ¿Y qué se diría si la Francia en sus comunicaciones excítase á la Inglaterra á reponer en el trono á esa familia de los Estuardos que sólo descendió de él en el último siglo? Pero dejemos á un lado esas cuestiones irritantes, añadía la nota dictada por el primer cónsul; si ustedes deploran como nosotros los males de la guerra, convenzamos en una suspensión de armas y designemos una ciudad, como por ejemplo Dunquerque, ó cualquiera otra que ustedes elijan, para el abocamiento de los que han de negociarla; el gobierno francés pone á disposición de la Gran Bretaña los pasaportes para los ministros á quienes tenga á bien revestir con sus poderes.

Aquella actitud calmada produjo el efecto que suele ordinariamente producir un hombre sereno sobre un hombre colérico; excitó á lord Grenville á dar una réplica más viva, más amarga y peor razonada aun que su primera nota. Trataba el ministro inglés en dicha réplica de paliar el yerro que había cometido hablando de la casa de Borbón (1); respondía que no se hacía la

(1) Consecuente Mr. Thiers con su propósito de hacer aparecer al gabinete inglés como *torpe, impertinente y poco entendido*, supone ahora como que Pitt y Grenville, arrepentidos de haber cometido un renuncio al hablar de la familia de Borbón, querían repararlo como mejor pudiesen; y con este mismo objeto nos presenta más adelante al ministerio británico en las cámaras como corrido de su yerro, amilanado ante la oposición, convirtiendo en armas defensivas su terquedad personal y su ciega furia. Pero los datos que tenemos á la vista nos autorizan á decir que no hubo frase ninguna en las notas de la Inglaterra que no estuviera fríamente calculada; el párrafo relativo á la familia de Borbón tenía su objeto, que era lisonjear á la Rusia y al carácter caballeresco de Pablo I; y la manifestación que se añadía, de que sin embargo no se imponía el restablecimiento de dicha familia en el trono como única condición de paz admisible, era una restricción calculada para que sirviese de escudo en el parlamento. El lenguaje de los ministros ingleses, cuyos enérgicos discursos reproducimos en parte en las notas sucesivas, probará que Pitt y Grenville, lejos de rehusar la discusión, la provocaron; que lejos de creer que habían cometido un renuncio y una torpeza en su modo de obrar, tuvieron motivo para jactarse de que sus expresiones dieron ocasión al genio colosal de Pitt para conseguir uno de sus mayores triunfos parlamentarios; y explicará además porqué el ministerio consiguió la victoria en las cámaras, cosa que no tiene explicación en la Historia de Mr. Thiers por la infidelidad con que relata los hechos concernientes á la Inglaterra.

(N. del T.)

guerra por ella sino para la seguridad de todos los gobiernos, y declaraba de nuevo que las hostilidades continuarían sin tregua ni descanso. Esta última comunicación iba fechada en 20 de enero (30 nivoso). No había ya una palabra que añadir; el general Bonaparte había cumplido por su lado: confiado en su gloria no temió brindar con la paz; la prometió sin grande esperanza de conseguirla, pero de buena fe, y en aquel paso ganó la doble ventaja de hacer patentes así á los ojos de la Francia como á los de la oposición inglesa las pasiones desmesuradas de Pitt. ¡Feliz él si en todo tiempo hubiera hermanado su poder con aquella moderación en su conducta tan hábilmente calculada!

Las comunicaciones del Austria fueron más decorosas, pero sin dar mayores esperanzas de paz. Esta potencia que no se imaginaba que las intenciones del primer cónsul, aunque muy pacíficas, pudiesen llegar hasta el punto de abandonarle la Italia, estaba resuelta á continuar la guerra; pero conociendo al vencedor de Castiglione y de Rivoli, y sabiendo que no se podía contar con la victoria teniéndole por contrario, no quería cerrarse todos los caminos para sus negociaciones ulteriores. Como si el Austria se hubiera puesto de acuerdo con la Inglaterra sobre la forma, la respuesta del emperador al primer cónsul era una nota enviada por Mr. de Thugut á Mr. de Talleyrand. Llevaba dicha nota la fecha de 15 de enero de 1800 (25 nivoso); su substancia era la misma que la de las notas inglesas. Decíase en ella que sólo se hacía la guerra para preservar á la Europa de un trastorno universal; que se deseaba ardientemente ver á la Francia dispuesta á la paz; pero que ésta no daba garantía de sus nuevas disposiciones. Concedíase sin embargo que bajo el primer cónsul era de esperar mayor moderación dentro y fuera, más estabilidad en las miras y más fidelidad en los empeños contraídos y que de aquí resultarían más probabilidades de establecer una paz sólida y duradera. Esperábase este cambio feliz de sus grandes talentos, y dábese á entender sin expresarlo que cuando aquello se hubiera completamente logrado sería tiempo de negociar.

No se limitó el primer cónsul á dar al Austria, como lo había hecho con la Inglaterra, una respuesta enérgica digna de su explicación evasiva, y sin decaer de ánimo por la vaguedad de la contestación quiso poner al gabinete de Viena en la precisión de explicarse positivamente rehusando ó admitiendo la paz de una manera categórica. El 28 de febrero (9 ventoso) recibió encargo Mr. de Talleyrand de escribir á Mr. de Thugut ofreciéndole tomar por base de las negociaciones el tratado de Campo-Formio. Este tratado, decía, había sido un acto de gran moderación en el general Bonaparte hacia el emperador de Austria, porque dueño en 1797 de exigir de aquel príncipe grandes sacrificios por la posición amenazadora del ejército francés á las puertas de Viena, había preferido con la esperanza de una paz duradera ventajas moderadas á ventajas de suma consideración, y aun, añadía el ministro francés, había arrostrado por sus contemplaciones con la corte imperial el desagrado del Directorio. Declaraba finalmente Mr. de Talleyrand que la casa de Austria recibiría en Italia en reparación todo cuanto el tratado de Campo-Formio la prometía en Alemania.



Para comprender toda la extensión de las proposiciones del primer cónsul, es preciso recordar que el tratado de Campo-Formio concedía á la Francia la Bélgica y el Luxemburgo; á la república Cisalpina, la Lombardía, el territorio Mantuano, las Legaciones, etc., y que el Austria recibía en compensación á Venecia y la mayor parte de los Estados Venecianos. En cuanto á la línea del Rhin, que abrazaba además de la Bélgica y el Luxemburgo el país comprendido entre el Mosa, el Mosela y el Rhin, en suma, lo que llamamos hoy Provincias rinianas, había el Austria de interponer su mediación para que el imperio germánico se las concediese á la Francia. La misma Austria desde aquel momento cedía por su parte el condado de Falkenstein situado entre la Alsacia y la Lorena, y se comprometía á abrir á las tropas francesas las puertas de Maguncia que ocupaba en nombre del imperio. El Austria en compensación debía recibir el obispado de Salzburgo del lado de Baviera, cuando las provincias eclesiásticas estuviesen secularizadas (1). Estos diversos arreglos debieron negociarse en el congreso de Rastadt que en 1799 terminó de un modo tan trágico con el asesinato de los plenipotenciarios franceses. Tal era el tratado de Campo-Formio.

Tomando pues este tratado como base de una nueva negociación, no ventilaba el primer cónsul la cuestión de la línea del Rhin en lo concerniente á las provincias rinianas; tan sólo decidía la de la Bélgica cedida irrevocablemente á la Francia, abandonando la cuestión de aquellas provincias á una negociación ulterior con el imperio; y al ofrecer que se verificaría con la Italia la subsanación antes estipulada con la Alemania, insinuaba que se tomarían en consideración las victorias alcanzadas por el Austria en aquella Península para proporcionarle ventajas en ella. Añadía que en cuanto á las potencias secundarias de la Europa, se estipularía un sistema de garantías capaz de restablecer en todo su vigor el derecho de gentes, del cual dependían esencialmente la seguridad y la felicidad de las naciones. Aludíase con esto á la invasión de la Suiza, del Piamonte, de la Toscana, de los Estados Pontificios y de Nápoles, que tanto se le vituperó al Directorio, y que sirvió de pretexto para la segunda coalición; era además un ofrecimiento bien claro de restablecer aquellos diversos Estados y de tranquilizar á la Europa contra el supuesto espíritu invasor de la república francesa.

No podía hacerse mayor concesión, y aun era necesaria toda el ansia de paz que á la sazón experimentaba la Francia para mover al primer cónsul á hacer tales ofrecimientos. Mas como no gustaba de hacer las cosas á medias, proponía al Austria lo mismo que á la Inglaterra un armisticio formal no sólo hacia el lado del Rhin donde ya existía, mas también en los Alpes y en el Apenino donde aún no había tenido lugar.

En 24 de marzo (3 germinal) contestó Mr. de Thugut en términos urbanos y decorosos que el tratado de Campo-Formio, infringido al mismo tiempo que celebrado, no comprendía un sistema de pacificación capaz de tranquilizar á las potencias beligerantes; que el verdadero principio adoptado en todas las negociaciones

(1) Es decir, cuando perteneciesen ya á señores seculares saliendo de la dependencia eclesiástica. (N. del T.)

era tomar por base el estado en que la fortuna de las armas había dejado á cada potencia; que aquella era la única base que el Austria podría aceptar. Añadía monsieur de Thugut que antes de pasar adelante tenía que pedir explicaciones sobre el modo de llevarse á cabo la negociación; que le cumplía saber si quería la Francia admitir representantes de todos los Estados que se hallaban á la sazón en guerra, para conseguir una paz general, única que conceptuaba leal y prudente, única á que el Austria podía acceder.

Probaba aquel lenguaje dos cosas: primero, que el Austria pidiendo que fuese el punto de partida el estado actual, esto es, la situación en que cada potencia había quedado con la última campaña, alimentaba grandes pretensiones en Italia; y segundo, que no se separaría de la Inglaterra con la cual había tratados sobre subsidios que la ligaban estrechamente. Su fidelidad con la Inglaterra era por su parte un deber nacido de su posición, que influyó, como veremos más adelante, en la suerte de las negociaciones y de la guerra.

Semejante respuesta, aunque decorosa en los términos, dejaba poca esperanza de acuerdo, pues hacía depender la conducta de una potencia dispuesta á acoger los ofrecimientos de paz de la de otra potencia resuelta á negarse á ellos. El general Bonaparte, sin embargo, hizo responder de nuevo: que al ofrecer en Italia las reparaciones estipuladas antes en Alemania, proponía implícitamente que se partiese, no del *statu ante bellum*, sino del *statu post bellum*, es decir, que se tomasen en cuenta las victorias y conquistas del Austria en Italia; que las invitaciones hechas por él á la Inglaterra atestiguan su deseo de que la paz fuese general; que por lo demás tenía poca esperanza de acabar una negociación común á todas las potencias beligerantes, porque la Inglaterra no tenía acomodamiento; pero que admitía pura y simplemente las proposiciones del Austria, que esperaba por consiguiente se designase el punto para tratar, y que puesto que se quería continuar la guerra, se fijase éste fuera del teatro de la campaña.

Declaró el Austria que siendo tales las intenciones del gabinete francés iba ella á dirigirse á sus aliados, pero que antes de consultarlos le era imposible hacer una designación precisa: lo que equivalía á aplazar la negociación para una época indefinida.

Al dirigir el primer cónsul aquellas invitaciones á la Inglaterra y al Austria, no se formó ilusiones sobre su resultado; pero quiso tentar un acomodamiento pacífico, primero porque deseaba la paz mirándola como necesaria para la organización del nuevo gobierno, y además porque juzgaba que aquel paso le ponía en buen lugar ante la Francia y la Europa entera.

Las ocurrencias que tuvieron lugar en el parlamento de Inglaterra justificaron plenamente sus cálculos. Mr. Pitt, con su modo brutal de responder á los ofrecimientos de la Francia, se atrajo ataques violentos y perfectamente fundados. Jamás la oposición de Fox y Shéridan procedió de más noble causa; jamás su inspiración lució con mayor brillo ni mereció con más justicia la aprobación de los hombres honrados de todos los países.

En efecto, la continuación de la guerra carecía de motivos fundados, porque la Inglaterra se hallaba entonces en posición de lograr todo cuanto podía razona-

blemente apetecer. No hubiera obtenido es verdad que se le abandonase el Egipto, pero resignada algunos meses después á dejárnosle (como lo probarán las negociaciones ulteriores), pudo desde luego haber consentido en ello, y en cambio hubiera conservado sus conquistas sin exceptuar las Indias; hubiérase ahorrado las inmensas zozobras á que su terquedad la expuso más adelante. En la esencia no era más que un puro interés ministerial el que movía al gabinete británico á sostener la guerra con aquel encarnizamiento. Las interpelaciones de la oposición fueron animadas y menudearon con acaloramiento. Exigió ésta, y la obtuvo, la presentación de los documentos relativos á la negociación (1), y empeñáronse sobre ellos las más violentas discusiones. Sostenían los ministros que no era posible negociar con el gobierno francés, porque no ofrecían seguridad los tratos que con él se hicieran; que su costumbre de infringirlos le había enemistado con todos los Estados del mundo exceptuando Dinamarca y la Suecia, y que aun con estos dos países se hallaban alteradas sus relaciones; que la paz con semejante gobierno era falaz y funesta, testigos de ello los Estados de Italia; que después de haber sido el agresor de todos los príncipes de Europa, quería destronarlos á todos por el ansia de destruir y de conquistar que le devoraba; que el general Bonaparte no ofrecía mayores garantías que sus predecesores; que si el nuevo gobierno francés no era terrorista, no por eso dejaba de ser revolucionario, y que con la revolución francesa no había que esperar paz ni treguas; finalmente, que si no se podía sofocar ésta y aniquilarla, era preciso debilitarla por lo menos, hasta que su absoluta extenuación hiciese desaparecer todo temor. Los ministros ingleses, y especialmente lord Grenville, emplearon contra el primer cónsul el lenguaje más ultrajante; no habían tratado peor á Robespierre.

Fox, Shéridan, Tierney, el duque de Bedford y lord Holland, contestaron á todas aquellas alegaciones de la manera más victoriosa y cumplida (2).—Preguntáis

(1) No fué preciso que la oposición los exigiera, porque el rey Jorge III dirigió á las dos cámaras un mensaje formal y terminante en que hablaba de las negociaciones y del paso intentado por el gobierno francés de una manera bastante franca y explícita para promover las discusiones. Pedía la corona por medio de dicho mensaje un aumento de subsidios para continuar la guerra, y además decía así: «S. M. ha mandado con este motivo que se presenten á la cámara las copias de las comunicaciones últimamente recibidas de Francia, y de las contestaciones que se le han enviado por orden de S. M.» Así, pues, lejos de temer Pitt la publicidad de sus actos, era el primero en pedir su sanción.

(N. del T.)

(2) Véanse las notas siguientes. «Conviene además tener presente que la discusión se agitó por su orden regular en la cámara de los Lores y en la de Comunes separadamente; Fox, Shéridan y Tierney pertenecían á esta última; Bedford y lord Holland eran de la oposición en la primera. Estos dos y Grey fueron los que más combatieron al ministerio, pero en aquella cámara de mayoría aristocrática no podían menos de producir gran sensación las elocuentes palabras con que Grenville enumeró las quejas de la Europa entera contra Bonaparte, recorriendo con admirable exactitud y rapidez los daños sufridos por todos los Estados; así que el mensaje de la corona fué aprobado casi por unanimidad.

Preguntando la oposición á Grenville qué tenía que echar en cara á Bonaparte para confundirle con los otros revolucionarios, «¿qué tengo que echarle en cara?», replicó el ministro; «por ventura se deben á otro que á él la mayor parte de los actos injustos que he referido? ¿Quién sino Bonaparte celebró con la Cerdeña un tra-

quién fué el agresor, decían, y eso ¿qué importa? Decís que fué la Francia; la Francia dice que fué la Inglaterra: ¿habremos, pues, de destruirnos mutuamente hasta que ese punto histórico se dilucide? ¿qué importa que sea este ó aquel el agresor, si el que culpáis como tal es el primero que ofrece deponer las armas? ¡Decís que no es posible tratar con el gobierno francés; pero vosotros mandasteis á lord Malmesbury á Lila para tratar con el Directorio! La Prusia y la España han tratado con la república francesa y no han tenido que arrepentirse. Habláis de los crímenes de ese gobierno: ¿pues qué, vuestra aliada la corte de Nápoles no los comete más atroces que la misma Convención, sin tener la disculpa del popular desenfreno? Nos habláis de ambición; pues recordad que la Rusia, la Prusia y el Austria se han repartido la Polonia; que el Austria acaba de reconquistar la Italia sin restituir sus Estados á los príncipes desposeídos por la Francia; vosotros mismos os apoderáis de la India, de una parte de las colonias españolas y de todas las colonias Holandesas. ¿Quién se atreverá á jactarse de más desinteresado en esta lucha de cólera y de codicia trabada entre todos los Estados? O no habéis de tratar nunca con la república francesa, ó jamás hallaréis momento más favorable que el presente para hacerlo, porque un hombre poderoso y acatado acaba de subir al poder y aparece dispuesto á ejercerle con justicia y moderación. ¿Es por ventura digno del gobierno inglés cubrir de ultrajes á un personaje ilustre, jefe de una de las primeras naciones del mundo, y que es por lo menos un gran capitán, sean cuales fueren los vicios ó virtudes con que el tiempo en lo sucesivo le señale? A menos que se confiese que se quiere dejar á la Gran Bretaña agotada, sin sangre, sin dinero, sin sus más preciosos recursos, para restablecer la casa de Borbón, no puede alegarse una razón convincente de nuestra negativa al tratado que se nos ofrece.

Nada se podía responder á argumentos tan apremiantes y verdaderos (3). Aprovechando Mr. Tierney el error

tado para quebrantarlo en seguida? ¿Quién concluyó y votó otro tratado con el gran duque de Toscana? Bonaparte. ¿Quién hizo, quién ratificó, quién anuló armisticios con Módena y con los demás Estados de Italia? Bonaparte. ¿Quién ha saqueado al gran duque de Parma á pesar de su neutralidad? Bonaparte. ¿Quién sino Bonaparte ha arrastrado á Venecia á hacer la guerra? ¿Quién, después de haber hecho paces con ella y de darle una constitución, la ha entregado amarrada de pies y manos al emperador? Bonaparte. Si el gobierno de Roma se vió precisado por el terror á firmar el tratado de Tolentino, también fué la causa Bonaparte, el mismo que después hizo á su hermano y á su lugarteniente Berthier cerrar el gobierno pontificio. Por Bonaparte veis hoy á Génova envilecida y degradada, y sacrificadas á su capricho las riquezas y la independencia de esa antigua república. Por Bonaparte veis también á la mísera Suiza renegar hoy de sus derechos y libertades, engañada con mentidas ofertas de paz y de alianza.»

(N. del T.)

(3) Mucho se respondió, sin embargo, y con excelente resultado para el partido ministerial. Los que, no contentos con las escasas noticias que damos en estas notas sobre aquella importante discusión, deseen saber más detalladamente las razones que dieron al ministerio inglés la victoria, pueden consultar el *Ensayo histórico sobre las campañas de 1799 al 1814* del conde Mr. Dumás, y la interesante *Historia del Consulado* de Mr. Capefigue, quien tuvo á la vista los documentos del gobierno de la Gran Bretaña relativos al asunto. — Es sabido que aquellos debates aparecieron completamente desfigurados y mutilados en los periódicos franceses sujetos á la sazón á la censura de la policía.

El partido ministerial trató la cuestión con grande elevación de



cometido por el ministerio inglés al hablar en sus notas del restablecimiento de la casa de Borbón, hizo contra ésta una proposición especial pidiendo un voto formal para que la causa de la Inglaterra quedase separada de la causa de los Borbones, tan funestos á ambos países, así á la Francia como á la Gran Bretaña. — He oído, exclamaba, he oído decir á muchos partidarios de la administración de Pitt, que no habiendo ofrecido el gobierno francés una negociación colectiva, se podía con fundamento rehusar una negociación aislada que nos debilitaría separándonos de nuestros aliados; ¡pero no he visto á ninguno que no vitupere severamente ese modo de fijar el término de la guerra en el restablecimiento de la casa de Borbón! — Y era verdad lo que decía Tierney, porque todos censuraban aquel error, y el gabinete de Viena, menos apasionado que el gabinete británico, había tenido buen cuidado de no imitar el ejemplo de éste. Respondían los ministros ingleses que no habían puesto aquella condición como absoluta é indispensable, pero replicábaseles con razón que bastaba insinuarla para violar el derecho de gentes y atentar á la libertad de las naciones. — ¿Y qué diríais, exclamaba Mr. Tierney (reproduciendo el argumento del gabinete francés), ¿qué diríais si el general Bonaparte victorioso os declarase que no quería tratar sino con los Estuardos? Por otra parte, añadía, ¿es el reconocimiento á la casa de Borbón lo que os hace prodigar nuestra sangre y nuestros tesoros?; ¿no es más bien el principio que ella representa? Acordaos de la guerra de América. Vais á desencañar contra vosotros todas las pasiones que levantaron

miras y entró á juzgar los principios mismos de la revolución francesa. Dundas, el amigo de Pitt y celoso compañero de sus tareas, explicó en la cámara de los Comunes con grande energía los argumentos hechos por Grenville en la otra cámara, y pasando después á examinar el carácter del mismo Bonaparte hacía resaltar lo ilegítimo de la autoridad de un hombre que se suponía llamado por la nación á ocupar el primer puesto del Estado cuando era notorio á todos que se había apoderado de él sin que se lo ofrecieran. — Recordaba en seguida su infidelidad á las promesas, y concluía con el poderoso argumento de que debiendo permanecer siempre armada la Inglaterra, ya fuese amiga ó aliada de una nación que infringía sus pactos, era proceder con más franqueza y lealtad el continuar guerreado.

Los toris prorumpieron en estrepitosos aplausos al terminar Dundas su discurso; y tomó después la palabra el radical Whitbread para cometer un renuncio que suministró nuevas armas al ministerio. «Una nueva revolución, exclamó el opositor, acaba de trasladar el poder de manos de cinco individuos á las de uno solo. Este único gobernante ha juzgado conveniente dirigir á S. M. una invitación decorosa, ajustada á los derechos de las naciones civilizadas, y nada incompatible con el respeto que recíprocamente se deben las *testas coronadas*...» Al llegar á esta expresión fué vivamente interrumpido por las reclamaciones de los toris, y se vió precisado á disculparse como pudo, y á recoger el dicho con sonrojo de su partido. Entonces el joven Canning, gárrulo y exultante con la malhadada oposición del radical, tomó la palabra, y volviendo al terreno de los principios de la revolución, probó con arte suma la necesidad de examinarlos para reconocer las garantías que podía prestar el carácter de sus agentes. «Veamos, dijo, la situación actual del pueblo francés ante su nuevo gobierno. Si no se conviene muy en breve de que sólo ha conseguido trocar un cetro por una espada, si prefiere las formas duras y repugnantes del despotismo á las suaves y dulces de su antigua monarquía, si prefiere un tirano receloso y sombrío armado con el poder absoluto á su felicidad pasada, si sólo ha atravesado tantos arroyos de sangre para llegar á lo mismo que declaraba aborrecer, al gobierno de uno solo, entonces creeré que se somete gustoso á la tiranía de ese nuevo usurpador que semejante á un espectro ostenta sobre su cabeza la incierta vislumbre de una corona.»

(N. del T.)

á la Francia contra los Borbones. Vais á precipitar sobre vosotros á todos los que no quieren ya aristocracia, ni diezmos, ni derechos feudales; á todos los que han adquirido bienes nacionales, á todos los que han llevado las armas diez años en favor de la revolución francesa. ¿O querréis aniquilar hasta la última gota la sangre de tantos franceses antes de resolverlos á negociar? Pido pues formalmente, concluía L. Tierney, que la Inglaterra separe su causa de la de la casa de Borbón (1).

En otra proposición, el célebre Shéridan, siempre el más atrevido y el más punzante de los oradores, condujo el debate hacia el punto más sensible para el gabinete británico, cual era la expedición de Holanda, de cuyas resultas habían tenido que capitular los ingleses y los rusos vencidos por el general Brune.

— Parece ser, decía Mr. Shéridan, que si nuestro gobierno no puede celebrar con la república francesa tratados de paz, puede al menos celebrar capitulaciones. Yo pido que nos explique los motivos de la que ha firmado para evacuar la Holanda. — Mr. Dundas, interpelado, alegó tres motivos de la expedición de Holanda: el primero, separar de la Francia las Provincias Unidas; segundo, cercenar sus recursos marítimos á la Francia y aumentar los de la Inglaterra apoderándose de la escuadra holandesa; y tercero, hacer una diversión útil á los aliados; y añadía que el gabinete británico había salido airoso en dos de aquellos fines, puesto que la escuadra era ya suya y además había contribuido á ganar la batalla de Novi atrayendo hacia la Holanda las fuerzas destinadas á la Italia. No bien acababa de hablar el ministro, cuando Shéridan, cayendo sobre él con una oportunidad sin igual, le dijo: «Sí, habéis prestado fe á las noticias de los emigrados, y habéis entregado al continente un ejército inglés para cubrirle de ignominia. Habéis querido separar á la Holanda de la Francia, y la habéis estrechado á ésta más que nunca, llenándola de indignación con el inicuo robo de su escuadra y de sus colonias. Es vuestra, decís, la flota holandesa; sí, pero por un medio inaudito y odioso, promoviendo la sedición entre sus tripulaciones, y dando uno de los más funestos espectáculos, el de los marineros levantados contra sus jefes, violando esa disciplina que constituye la fuerza de los ejércitos de mar y la grandeza de nuestra nación. Así es como os habéis apoderado ignominiosamente de esa escuadra, pero, á pesar de eso, no para la Inglaterra, sino para el estatúder; porque os habéis visto precisados á declarar que era suya, y no nuestra. Finalmente, habéis hecho un beneficio al ejército austriaco en Novi; es posible, pero ¿por qué vosotros, ministros del rey de la Gran Bretaña, no os jactáis de haber salvado un ejército austriaco haciendo degollar á un ejército inglés?»

Estos ataques virulentos no impidieron que Mr. Pitt obtuviese inmensos recursos en dinero, unos mil y cien millones (casi el doble del presupuesto de la Francia en aquella época), la autorización de prestar subsidios al Austria y á los Estados de la Alemania meridional,

(1) En la nota siguiente puede verse la victoriosa contestación que dió el ministro Pitt á los que juzgaban como Tierney que era preciso que la Inglaterra separase enteramente sus intereses de los de la casa de Borbón. Probóles por el contrario que el restablecimiento de dicha dinastía en el trono de Francia sería una verdadera felicidad para la Inglaterra.

(N. del T.)

importantes adiciones al *income-tax* que producía ya ciento ochenta millones anuales; una nueva suspensión del *habeas corpus* (1), y finalmente la gran medida de la unión de la Irlanda (2). Pero en Inglaterra estaban los

(1) El *habeas corpus* es considerado como una de las más preciosas garantías de la libertad individual entre los ingleses; consiste en un mandato judicial (*writ*) expedido por el Lord Canciller, ó en su ausencia por uno de los magistrados del *banco del rey*, á petición de cualquier ciudadano preso arbitrariamente, para que su carcelero le ponga en libertad. Surele suspenderse este derecho en los tiempos de trastornos y revoluciones, pero sólo por determinación del parlamento.

(N. del T.)

(2) La parcialidad ha cegado de tal modo á Mr. Thiers, que no ha previsto lo mucho que debía sorprender á sus lectores el que el ministerio Pitt alcanzase en las cámaras tan señalada y completa victoria después de haberles dicho que no supo qué responder á los ataques y argumentos contundentes de la oposición. — Lo cierto es que Mr. Thiers no ha querido dar cuenta por completo de uno de los más ruidosos debates que tuvieron jamás lugar en la historia parlamentaria de la Inglaterra, sacrificando á sus antipatías nacionales hasta la misma lógica necesaria al historiador.

El triunfo del gabinete inglés en la referida cuestión no es por cierto ningún problema irresoluble; tiene su explicación, y muy cumplida, en el admirable talento con que el elocuente Pitt supo arrastrar hacia su convicción á una mayoría perpleja entre los brillantes discursos de Canning y Dundas y la poderosa dialéctica de Erskine.

Comenzó Pitt su grandioso discurso entre el silencio profundo en que quedó sumergida la cámara después de oír á Erskine. Presentaba aquel local una escena verdaderamente dramática: la hora de la noche era avanzada, las luces casi consumidas difundían apenas una claridad dudosa sobre los apiñados representantes del pueblo, entre los cuales resaltaban algunas cabezas calvas ó cubiertas de canas venerables; los bancos estaban llenos, y toda aquella asamblea estaba pendiente de los labios del ministro que con sonoro y casi profético acento discutía la paz ó la guerra del mundo, trazando con su vuelo de águila la historia futura del Imperio y de la Restauración. «¿Queréis saber hasta qué punto es apetecible el restablecimiento de la monarquía francesa?, exclamó hacia el medio de su discurso respondiendo al cargo capital hecho por la oposición sobre el párrafo de la nota relativo á los Borbones, ¿queréis saberlo?, pues oídme, que no será largo por cierto. Oíd si puede ser indiferente para nosotros y para el mundo entero, que ocupe el trono de Francia un príncipe de la casa de Borbón, ó el hombre cuya conducta y principios acabo de exponeros. ¿Os parece insignificante, bajo el punto de vista del ejemplo y del influjo que ejerce, que la fortuna de ese último aventurero haya de ser permanente en el azaroso juego de las revoluciones? En el estado actual de agotamiento y de miseria en que se halla la Francia, no parece probable por algún tiempo que pueda echarse mano de otro sistema que el de la rapiña y las confiscaciones, ni de otro medio que el de las crueldades, ejercidas contra los instrumentos de la revolución, para sacar de sus arruinados habitantes lo preciso para subvenir á los gastos anuales de su gobierno en tiempo de paz. Supongamos pues en caso semejante al heredero de la casa de Borbón repuesto en el trono: ¿no os parece que tendrá bastante en que ocuparse con sólo que procure cicatrizar las heridas y reparar gradualmente las pérdidas causadas á su nación con diez años de guerra civil, reanimar el comercio expirante, fomentar la industria, llamar los capitales y promover las manufacturas del país? En semejante situación, muchos años han de transcurrir antes que ese monarca, sean las que fueren sus miras, logre alcanzar un poder que le haga formidable á la Europa: mientras que si el sistema de la revolución continúa, el caso es enteramente otro.» Y concluía el orador haciendo un magnífico paralelo entre el poder de la Francia revolucionaria y el poder de la Francia monárquica, y comparando todo el poderío de una dictadura en manos de Bonaparte con toda la debilidad del cetro en manos de Luis XVIII. Pidió en su resumen que se votase inmediatamente el mensaje; su discurso causó un efecto prodigioso, su poderosa argumentación acabó de decidir en su favor á todos los patriotas ingleses que en un principio se manifestaban perplejos y parecía desaprobaban el lenguaje del gabinete sobre la casa de Borbón; los Comunes se convencieron de la utilidad del sistema de Pitt, y dieron su voto al ministerio

ánimos profundamente poseídos de aquellas manifestaciones de razón y de elocuencia. Los hombres racionales de toda la Europa mostraban grande extrañeza al contemplar la sinrazón causada á la Francia, y muy en breve, unida la victoria á la justicia, había de expiar Mr. Pitt con crueles humillaciones la jactancia de su política hacia el primer cónsul; pero entretanto se veía con medios para suministrar á la coalición recursos para una nueva campaña, la última es verdad por causa de la extenuación de las partes beligerantes, pero la más encarnizada por lo mismo que había de ser la postrera.

En tan grave coyuntura, quiso el primer cónsul sacar de la corte de Prusia toda la utilidad que en aquel momento podía prometerse. En presencia de adversarios tan poderosos no hubiera podido aquella corte fundar la paz sino imponiéndosela con una mediación armada; y esto no le era posible por ser cosa enteramente extraña á las miras del joven rey, atento á rehacer su Tesoro y sus ejércitos mientras el mundo todo se consumía á su alrededor. Había ya este príncipe sondeado el espíritu de las potencias beligerantes, y le halló tan pertinaz que le fué preciso renunciar á intervenir en ellas. Por otra parte, el gabinete prusiano tenía sus miras de intereses particulares. Le lisonjeaba que la Francia agotase las fuerzas del Austria y agotase después sus propias fuerzas en una prolongada lucha; pero hubiera deseado que renunciase á una parte de la línea del Rhin, y que contentándose por aquel lado con la Bélgica y el Luxemburgo no reclamase la posesión de las provincias rinianas. Aconsejábale así con grandes instancias al primer cónsul, diciendo primeramente que la Francia y la Prusia caminarían más acordes viéndose menos cercanas, y que los gabinetes europeos tranquilizados con semejante moderación, se inclinarían más fácilmente á la paz. Pero aunque el primer cónsul emplease gran reserva sobre tales explicaciones, en el fondo no había mucha esperanza de decidirle á que hiciese ese sacrificio, y el gabinete prusiano no veía en todo aquello una paz muy satisfactoria para poner grande empeño en conseguirla. Limitábase, pues, á dar consejos con profusión, envueltos en formas dogmáticas aunque amistosas, y no ponía nada por obra.

Podía, no obstante, aquel gabinete ser útil para mantener la neutralidad del Norte de Alemania, hacer entrar en ella al mayor número posible de príncipes, y por último separar enteramente al emperador Pablo de la coalición. Todo esto lo desempeñaba con celo, porque quería asegurar y dar ensanche á la neutralidad del Norte de Alemania, y sobre todo atraer la Rusia á su sistema. Pablo, extremado siempre en sus pasiones, se había ido irritando cada vez más de día en día contra el Austria y la Inglaterra; propalaba sin rebozo que obligaría al Austria á reponer á los príncipes de Italia en sus tronos, conquistados con las armas rusas; y que obligaría á la Inglaterra á restablecer la orden de Malta en su fortaleza insular de que estaba pronta á apoderarse; manifestaba una inclinación singular y decidida hacia esa antigua orden de caballería de la cual se había hecho

por una mayoría de 201 votos. — Así fué cómo triunfó el partido de aquel hombre, verdaderamente prodigioso, de los ataques de la oposición cuya importancia encarece tanto Mr. Thiers.

(N. del T.)